

Walter Scott se habría sonreído al contemplar la huella que sobre los mullidos almohadones dejara una graciosa cabeza de mujer... Y tal vez sonreiría con expresión más irónica, más cruelmente excéptica, interrogando á la arrugada colcha azul, ó al pabellon carmesí, que servía de dosél, como demandándoles impuros secretos de historias aun más impuras.

Pero Lamartine adivinaria sobre el lecho de la jóven condesa el tranquilo sueño de un ángel, que hubiera tenido ojos azules y frente de nácar, cabellos de oro y mejilla de rosa; presintiendo así á la vírgen que reposára en los brazos de la inocente quietud.

¡Cuánta diversidad, qué contrastes en la idea y en el sentido de tantos génios, unos levantando á la mujer hasta las regiones del éter, otros arrastrándola por el cieno de los deleites fugaces!

Carolina apareció á los ojos de Velarde como á través de un velo que no le permitía fijarse en el armonioso conjunto de aquella mujer y de aquel dormitorio.

Reclinada en un holgado sillón de terciopelo de Utrech, verde con el color de la esmeralda, vestía la bella jóven una bata de finísima batista, y su mórbido cuello pugnaba por cobijarse ruboroso bajo los profusos encajes que sobre el turgente seno se oscilaban inquietos al borde de un oyito, en que el amor caprichoso había colocado encantos indefinibles.

Catlanle en armonioso desórden á ambos lados del rostro los ensortijados cabellos, cuyo ébano resaltaban con brillo admirable sobre la blanca batista...

Dos redondos brazos, ligeramente morenos, yacian tendidos con dulce abandono, sobre la falda de nieve.

Un solo pié, pero un pié diminuto de niña, mal ajus-

tado á un chapin de raso blanco, sobresalía tentador y jugueton por el borde de la bata.

Hé aquí, cómo á los severos ojos del celoso artillero, se presentó la bellísima y enamorada condesa del Ramal.

Pero hemos dicho que Velarde ni siquiera pareció fijar su atencion sobre aquel cuadro, que tanta seducción tenia, y ni aun respondió en su profundo embarazo, á las primeras palabras que le habia dirigido la jóven.

Esta, distinguiendo al fin la expresion del rostro de Velarde, le preguntó con visible inquietud:

—¿Qué?... ¿no quieres sentarte?... estás agitado... ¡Jesús! ¿qué es lo que tienes, Pedro, ¿te sucede algo?... ¿ó estás incomodado conmigo?... explícate, por Dios, y no permanezcas así por más tiempo... ¿Qué tienes?

—¡Nada!—exclamó el jóven bruscamente.

Y esta vez tomó asiento como aquel que no sabe qué posicion tomar ni qué hacerse.

—¡Buena contestación!—observó Carolina.

Velarde preguntó á su vez:

—¿A qué há estado aquí, hace media hora, el general Belliard?

Aquí llegó el turno á Carolina de guardar silencio, turbándose notablemente ante aquella pregunta, que sin duda no esperaba.

El artillero lo observó, y repitió:

—¿A qué ha estado aquí hace media hora, el general Belliard? Responde, Carolina, por favor, responde.

—Ha estado á entregarme una carta de S. M.,—dijo por fin la jóven recobrándose algún tanto.

—¿No ha estado con ningun otro objeto?

—No.

—¡Carolina! tú me engañas. ¿No te ha hablado el general Belliard de alguna cosa particular suya?...

Carolina preguntó con verdadera turbacion:

—¿De qué podia haberme hablado?

Velarde frunció el ceño, y dijo con voz alterada:

—No me habian engañado.

Y guardó silencio, clavando sus ojos en el suelo, como si tratara de no ver la turbacion creciente de la jóven.

Carolina le miró fijamente, procurando leer en la fisonomia de su amante lo que pasaba por su corazon.

Las mujeres, en estos casos, suelen dar muestras de una comprension admirable. Así la jóven, queriendo dar con el origen de lo que por fin acababa de comprender, preguntó ingénuamente:

—¿Has hablado tal vez á Belliard al salir de aquí?

Semejante pregunta se prestaba á cualquiera gratuita interpretacion. Para quien como el capitan, sentia tomar cuerpo en su mente á la sospecha, aquella pregunta era un indicio que valia tanto como una confesion; de suerte que la ingenuidad de Carolina fué una imprudencia.

Velarde se incorporó sobre su asiento para mirarla sorprendido.

Durante dos minutos, ni uno ni otro hablaron palabra.

Carolina, esperando una respuesta á su pregunta, se sintió nuevamente desconcertada, sin comprender lo que motivaba la sorpresa ni la mirada escudriñadora de Velarde.

El capitan, á su vez, luchaba con dos ideas: la pregunta de Carolina era para él como una luz: para sacar partido de esto era preciso mentir. Por un momento, casi se sintió resuelto á echar mano de este recurso arrancando insidiosamente á la jóven una confesion, y estuvo en poco que no

respondiese afirmativamente á la pregunta de la condesa.

Pero Velarde era incapáz de mentir, y respondió:

—No, no he hablado á Belliard, pero le he visto salir: ¿Por qué me haces esa presunta?—añadió,—¿temes acaso que haya hablado á Belliard?

—¿Por qué habia de temerlo?—gritó Carolina prorumpiendo en una de aquellas francas y estrepitosas risas que le eran tan habituales en sus momentos de expansion, y que tanto solian encantar al mismo Velarde, quien encontraba en ellas cierto agradable candor.

Esta vez la franca risa de Carolina desagradó á Velarde: estaba demasiado sério, era demasiado grave el asunto de que se trataba, para que en su ofuscacion pudiese apreciar entonces el elocuente valer de aquella risa.

—¡Yo no me rio, señora!—dijo con sequedad.

—¿Y bien?—respondió Carolina,—hablaremos con seriedad: ya escucho: pero vuelvo antes á preguntar: ¿por qué habia de temer que habláras ó no á ese hombre al salir de aquí?

—En primer lugar,—dijo Velarde,—porque tal vez él ha inclinado el ánimo de Vd. para que vuelva al lado de la reina, y aun para que la acompañe en su viaje.

—¿Y quién ha podido decirte eso?

—Quien lo sabe muy bien: ¿pero es ó no cierto?

—En parte, sí.

—¿Cómo se explicará Vd.?

—Bien fácilmente: la reina me ha instado sobre el particular cuatro ó cinco veces, y he resistido.

—Lo cual quiere decir que esta vez no ha habido resistencia posible, y que acaso han llegado á ser insinuantes las gestiones de Belliard, portador de la voluntad de la reina...

—¡Velarde! —Qué, ¿se extraña Vd.? verdaderamente no comprendo su extrañeza, señora... ¿No ha sido el mismo Belliard portador de esa carta que Vd. debe poseer?

—Sí, ¿pero quién ha podido?...

—¿Decírmelo?

—Sí, ¿quién?

—Permitame Vd. que guarde en esto reserva.

—Velarde: imposible es que hables con formalidad: por Dios deja ese tono: ¡guardar reserva conmigo! ¡Vamos esto debe ser pura broma!

—No, señora: jamás he adoptado máscara para hablar. Hablo con perfecta seriedad, y tanta, que si al salir de aquí no se aclaran mis dudas, será esta la última vez que nos hablemos, y no volveré á atravesar los umbrales de esta casa.

Las mejillas de Carolina se colorearon vivamente, y sus ojos brillaron con un resplandor de resentimiento y orgullo.

Levantóse con lentitud, y hablando del propio modo:

—¿Y qué duda pretende Vd. aclarar antes de abandonar esta casa, caballero? en otra persona no extrañaría ese lenguaje que me ofende, porque soy bastante digna y recata para preocuparme de las ridículas sospechas que á nadie pueda inspirar; pero lo que de parte de una persona indiferente no me extrañaría, en Vd. no sería capáz de tolerarlo, ni lo toleraré de ningun modo.

El capitán se levantó á su vez, y con el mismo ademán activo, aunque con voz temblorosa:

—Tiene Vd. razon, —dijo,—acabo de excederme y pido á Vd. mil perdones por mis maneras intolerables: beso á Vd. los pies.

Dicho esto se inclinó respetuosamente ante la jóven, y aunque á paso muy lento, se dispuso á salir del dormitorio.

Carolina le contempló algunos momentos, haciendo poderosos esfuerzos sobre sí misma para llamar en su ayuda la fuerza de voluntad que la faltaba.

Una vez creyó que su amante, con cualquier pretexto, se volveria: de este modo, cediendo él cederia tambien ella, sin que ni uno ni otra vieran menoscabada su firmeza.

Pero Velarde, con aparente frialdad, pues llevaba sobre su corazon un peso que lo ahogaba, traspuso y cerró la puerta del dormitorio, sin volver la cabeza.

Carolina ahogó un gemido, y cayó desplomada en su sillón.

Aquel gemido fué oido por Velarde, pero no obstante que habia resonado en su alma de un modo poderoso, continuó á lo largo del salon, contando sin embargo los pasos: tal puede decirse de la notable lentitud con que caminaba.

Su amante, que sin fuerzas para soportar tal arranque de energía, yacia tendida en su asiento, se incorporó súbitamente, apenas los pasos del capitán se alejaban.

En el salon resonó por fin el pestillo de la puerta.

Velarde, pues, no retrocedia, y Carolina conocia demasiado la voluntad de hierro del jóven, y le amaba con exceso, para no ser presa en aquel instante de una cruel ansiedad.

En el corazon de ambos una voz poderosa les aconsejaba que corriesen á encontrarse.

El capitán, por su parte conocia ahora, ó temia en su extremada delicadeza, haber procedido con demasiada

acritud y arrepentíase en su interior de llevar, sin otra explicación, sin aclarar lo que le preocupara tanto, á un extremo tan rigoroso: además, habia llegado hasta él, más terrible mil veces que el eco de un cañon, el gemido que se exhalara del pecho de Carolina; gemido tan doloroso, tan hondo, tan expresivo, que por si solo era una justificación. Pero habia tambien adelantado mucho en su resolución; y si era fuerte para avanzar hasta estrellarse, no lo era para retroceder: tan esclavo era de sus firmes propósitos y de sus inquebrantables palabras.

En cuanto á Carolina, manifiesto era su desconsuelo.

Conociendo perfectamente que el carácter de Velarde era asáz bondadoso y galante, se hacia cargo ahora de que únicamente algun motivo de celos le habia arrastrado á producirse con demasiada severidad.—Estaba bien penetrada de que á una voz suya retrocederia; pero el dar esta voz, llamarle, era lo difícil.

Pero, ¡y si abandonaba para siempre su casa, como habia dicho él, que tan exactamente cumplia sus palabras!

Velarde levantó el pestillo de la puerta del salon.

El corazón de la jóven se agitó con insufrible violencia.

Sintió escocidos sus ojos por una humedad abrasadora.

Sus lábios se desplegaron como para hablar.

Sin embargo, se detuvo aun.

Todavía esperaba que Valarde cedería.

Pero Velarde abrió la puerta del salon, y esta volvió á sonar cerrándose: Velarde iba á abandonar aquella casa para siempre.

A pesar de esto, si Carolina le hubiera aun visto

vacilar y detenerse, trás la puerta que encerraba el inapreciable tesoro de sus amores, se hubiera tranquilizado un poco.

Pero ella no veia ni oia nada ya, mientras que su corazon latia de tal manera, que parecia próximo á estallar.

Entonces hizo un esfuerzo supremo, abandonó su asiento con la rapidéz del águila, y abriendo la puerta del dormitorio,

—¡Velarde!—gritó con la voz mojada en lágrimas,—  
¡Velarde!

Velarde no respondió á aquel llamamiento, pero su mano temblorosa volvió á apoderarse del pestillo.

—¡Velarde!—volvió á exclamar la jóven.

Una dignidad exagerada, y un teson fútil, eran la barrera que habia separado por algunos momentos á aquellas dos almas tan dignas una de la otra. ¡Dulces querellas del amor, que cuanto más afectan más encienden llamas que se pretende apagar!

El pestillo sonó, y la puerta del salon tornó á ábrirse.

—¡Llama Vd.?—preguntó Velarde.

Un prolongado cuanto hasta entonces reprimido sollozo, fué la respuesta que Carolina pudo dar.

—¿Qué le sucede, señor? ¿está usted enfermo?—  
—No, señor, estoy perfectamente bien, pero me he acordado de un asunto que me preocupa mucho. ¿Puedo hablar con usted un momento?—  
—Claro, señor, adelante.

CAPITULO XXI.

—¿Qué le sucede, señor? ¿está usted enfermo?—  
—No, señor, estoy perfectamente bien, pero me he acordado de un asunto que me preocupa mucho. ¿Puedo hablar con usted un momento?—  
—Claro, señor, adelante.

Maquinaciones del francés.

A las diez de aquella mañana, el general Murat, tan activo en dar fuego á la mina de la opinion pública que le era tan adversa, conversaba con los jefes más importantes de su ejército y con el ministro español de la Guerra, el inclvidable Ofarril, que tan vergonzoso papel desempeñó en aquellos críticos dias de peligro para la pátria.

—Señor Ofarril,—decia Murat,—por Moncey acabo de saber que el pueblo de Madrid no abraja las intenciones más lisonjeras hácia el ejército aliado: despues de las pro-vocaciones y de los escándalos de todo género que á cada paso llegan á mi noticia; despues de que esta misma noche he sabido y permitido que se forme una especie de coalicion en la casa del conde de M...; despues de las gestiones que el capitan de artillería D. Pedro Velarde hace para com-binar el medio de combatirnos, comprendereis que no es-taré dispuesto á permanecer por más tiempo impasible.

Ofarril permaneció mudo, sin saber qué contestar al gran duque, y este prosiguió:

—He tenido, como sabeis muy bien, que poner una guardia de mis tropas para que vigile de cerca en el Parque de Artillería al capitán del detall, D. Luis Daoiz.

—Monseñor, en cuanto á ese militar,—dijo Ofarril,—ya he dicho á V. A. que debe inspirar entera confianza.

—Eso no obsta,—replicó el gran duque,—para que siguiendo las inspiraciones de Velarde, se hubiese puesto de acuerdo con él para combinar los medios de una conspiración.

—¿Eso cree V. A.?

—Como vos mismo lo creéis, señor Ofarril: ¿qué significaba sino el repentino afán con que so pretexto de ser necesario completar la dotación de cartuchería de fusil y de cañón para los ejercicios de instrucción, se puso á dirigir construcciones en grande escala?...

—Y yo mismo he tenido la honra de indicarlo á V. A.;—más no precisamente porque creyera que aquello fuese un plan combinado: únicamente he querido patentizar con esto á V. A., que en todo procuro la mayor tranquilidad y confianza para nuestros huéspedes y amigos, adelantándome á participar aun aquello que ménos inquietudes ofrece.

—Por ello os doy las gracias, amigo mio, y no me cabe la menor duda acerca de vuestros buenos deseos. Mas no ha bastado nuestra vigilancia en el Parque, pues segun Belliard, á quien han informado bien, ayer, no sé en qué casa, se trabaja con el mismo objeto (1).

---

(1) Histórico.

—Imposible, monseñor: yo nada he sabido ni remotamente de semejante cosa...

—Pues ahí vereis: con tener vos aquí una autoridad que os permite conocer el estado de la población, yo soy más afortunado que el señor ministro de la Guerra, y mi policía particular me dá á cada hora cuenta del menor accidente que pueda infundir sospechas.

—Pero en ese caso, monseñor, también os habrán dado señas de la casa en donde se preparan municiones.

—No, los que han dado la noticia, la saben por referencia: de otro modo, ¿creeis, señor Ofarril, que no habria tomado ya mis providencias? ¡pardiez! que conoceis mal aún á Joaquin Murat.

Un oficial de estado mayor entró en aquel momento.

—Monseñor,—dijo inclinándose y con grave ademan,—los vecinos de la calle de Toledo acaban de cometer un atropello con dos individuos de la Wesfaliana.

—¡Qué decís!—exclamó Murat frunciendo el ceño.

—Que dos soldados de la Wesfaliana acaban de ser atropellados y maltratados por el paisanaje en la calle de Toledo.

Murat dirigió á Ofarril una significativa mirada, y con acento colérico:

—¿Lo veis?—dijo.—Ahora no pretendereis tranquilizarme respecto á las intenciones amistosas que abriga el pueblo de Madrid. ¿Qué juzgais vos de esto, que casi todos los dias se repite?

—Monseñor...—balbuceó sesvilmente Ofarril, bajando sus ojos ante los airados ojos del duque de Berg.

Pero interrumpióle este, y volviéndose al oficial,

—Sin duda me explicareis,—dijo,—los pormenores de ese atentado; hablad.

El oficial de estado mayor de Murat continuó entonces:

—Dichos soldados pasaban tranquilamente por la calle de Toledo, y aunque al parecer muchos hombres y mujeres los silbaron, ellos prosiguieron su camino sin hacer caso.

—¿Lo veis?—interrumpió Murat dirigiéndose á Ofarril.  
—La misma escena viene repitiéndose hace días y á cada momento. ¿Pretendéis ahora tranquilizarme respecto á ese pueblo insolente? ¡Proseguid!—añadió volviéndose al oficial.

Este continuó:

—Un paisano venia en distinta direccion de la que nuestros veteranos llevaban, y se empeñó en que estos le debian dejar la acera que creia corresponderle.

Ofarril se aventuró á preguntar tímidamente:

—¿Y se la cedieron por fin los soldados?...

—Ya comprenderéis que no debian ceder á una exigencia semejante, y con efecto no cedieron.

—Pues han hecho mal, porque si el paisano llevaba su derecha, es costumbre...

—Acabad, terció Murat interrumpiendo á Ofarril.

Este guardó un vergonzoso silencio, y el oficial añadió:

—Trabóse una acalorada contienda, se reunió gente, y los guardias fueron terriblemente acosados por la muchedumbre, de tal manera, que si á tiempo no acude alguna fuerza en su socorro, es indudable que hubieran perecido en manos del populacho. Mas á pesar de haberles acudido, no se ha evitado que uno de los soldados fuese bárbaramente herido en la cabeza, siendo conducido al cuartel en un estado deplorable.

—¡Vive Dios!—gritó Murat en el colmo de la exasperacion,—que voy á hacer un escarmiento ejemplar en

vuestra plebe, señor Ofarril. No es posible tolerar ya por más tiempo la actitud agresiva de esos insensatos, que un día tras otro van llenando hasta el colmo la medida de mi tolerancia. ¿Qué os parece de esto?

—Monseñor; preciso sería, para juzgar en esto con certeza, saber quiénes tuvieron la razón en esa contienda, si los soldados de V. A., ó el paisano.

—¿Defendeis el hecho?

—No, monseñor, no lo defiendo; pero no conviene tampoco prejuzgarlo. Por lo demás, V. A. conoce bien mi celo en reprimir cualquier desmán que se cometa por el paisanaje contra los soldados del ejército imperial. Y como prueba de mi sinceridad, ruego á V. A. ordene cuanto crea oportuno, para poner severo coto á escenas semejantes.

¡Oh! la pluma se nos cae de las manos al bosquejar lo más dulcemente posible tanta y tan cobarde bajeza en aquel débil ministro, que no pudiendo encontrar en su corazón la dignidad del caballero, ni aun siquiera sabia ser español.

¿Qué génio maléfico para la nación habia elevado á aquel hombre de funesta memoria al honroso cargo que desempeñaba, y que á haber caído en manos más fuertes pudo ser tan provechoso en aquellas críticas circunstancias?

Preciso era que en las páginas de nuestra historia hubiésemos de registrar indistintamente la magnanimidad, el orgullo y el decoro de un valeroso pueblo, y las debilidades, la estupidez, la bajeza y el baldon de sus gobernantes.

Aun se comprende que la excesiva prudencia redujese á Ofarril á la inaccion, y que ante un enemigo tan preve-

nido y poderoso, se sintiese desposeido de fuerzas para oponerle un dique, para hacerle respetar la autoridad menospreciada y escarnecida por el extranjero: pero lo que no se comprende, pero lo que cuesta sumo trabajo comprender, pero lo que llena de indignacion, de repugnancia y de asco el ánimo, es ver cómo aquel majadero, bien por un exceso de increíble confianza, bien por una secreta afición al orgulloso duque de Berg, llevó á tal extremo su bajeza y ruin humildad, que á cada paso se le encontrase en la cámara del caudillo francés, no ya únicamente á recibir sus órdenes como un simple subordinado, sino lo que es más ominoso y vil, á constituirse en denunciador de los que en bien de la pátria se impacientaban por sacrificarla cuanto antes sus vidas, fraguando á escondidas y á través de mil dificultades planes de defensa para un caso desesperado que todos presentian.

No eran ya los reyes padres los solos á cometer lamentabilísimos desaciertos é imprudencias, entregándose á discrecion del cauteloso y faláz enemigo. Los representantes de la autoridad no se daban punto de reposo, ni omitian medio para entregar maniatado al noble pueblo á merced del que entró en España vendiendo amistad para salir bien pronto traidor y tirano, furioso vampiro de sus instituciones y de sus libertades.

Pero quizá estamos siendo aun demasiado justos con Ofarril, atribuyendo á prudencia lo que distaba muy poco de la traicion.

La historia es inflexible al calificar las virtudes ó las faltas de los hombres públicos, y esa misma historia, equitativa é imparcial, condena fatalmente al ministro Ofarril.

Y cómo no, si para escribir historia se necesitan una

completa rectitud y un alto criterio, dando á cada época y á cada personaje que la simboliza su merecido?

Por eso, históricamente considerados los actos de Ofaril, no es dable limitarse á calificarlos de debilidad, de pura simplicidad, error ó confianza. De ninguna manera; porque entonces cierta parte de lo que constituye la historia del capitán de artillería, del inmortal D. Pedro Velarde, sería una pura ficción.

Volvemos á referirnos á su conocido plan de defensa.

«Escribió su proyecto,—dice el autor de una Memoria referente á los sucesos del Dos de Mayo, y lo consultó con el comisario ordenador del cuerpo de artillería, D. Alejandro Silva, el coronel D. José Navarro Falcon, el capitán D. Joaquin de Osmá, el comisario don Andrés Gallego, el coronel D. Francisco Novella y con D. Luis Daoiz: todos conocieron lo árduo de la empresa; pero deseosos como buenos españoles de destruir la pérfida trama que urdía Murat, no se detuvieron en nímias consideraciones; por lo cual desde luego, entre otras disposiciones, bajo pretexto de ser necesario completar la dotación de cartuchería de fusil y de cañón para los ejercicios de instrucción, quedó Daoiz encargado de construir de una y otra clase como capitán del detall, lo cual alejaba toda sospecha que pudieran concebir los franceses: al propio tiempo se disponían algunas piezas para los ejercicios doctrinales, y se construía metralla, sin olvidarse de recorrer la Armería para saber el número de fusiles con que se contaba, además de una remesa que esperaban de Plasencia, la que se retiraba para que los franceses no se apoderasen de ella.»

En otro lugar dice la citada Memoria:

«Entretanto proseguía Velarde su plan de revolución, que consistía en ponerse de acuerdo secretamente con los

oficiales del cuerpo de artillería, para que el golpe fuese simultáneo en todos los departamentos; interceptar la correspondencia militar de los ejércitos aliados; determinar varios puntos donde debían reunirse todas las tropas veteranas y de milicias, armas y municiones, adoptando un sistema oportuno para entusiasmar las provincias, y la clase de guerra que debería formalizarse para el completo exterminio de un enemigo alevé.

»Creyó Velarde que el ministro Ofarril opinaría como él, y no titubeó en franquearle su secreto en ocasión oportuna, esperando con su cooperación consumir su acertado plan; pero se equivocó por desgracia.»

En la misma precitada publicación, partiendo del hecho de que Ofarril comunicó al caudillo del ejército francés el proyecto de D. Pedro Velarde, dice que lo más escandaloso en las precauciones que se creyó prudente tomar con tal motivo, ha sido que el mismo ministro de la Guerra las mandó ejecutar públicamente.

De este modo, y con semejante conducta, nada se ocultaba ya á la razón del indignado pueblo, que devoraba con dificultad tantos desmanes y afrentas, y desvergüenza tanta.

El gran duque de Berg respondió á Ofarril variando súbitamente de tono.

—Estoy seguro, muy seguro de vuestra lealtad, general; pero no basta en estos momentos: preciso es dictar disposiciones muy severas, encaminadas á reprimir toda suerte de abusos.

—Pues bien, monseñor,—dijo Ofarril,—V. A. puede por sí mismo acordar las medidas que crea más convenientes, para garantizar la paz entre el pueblo y las tropas imperiales.

—Hé aquí la medida más eficaz: vos mismo vais á decirle y publicarla: yo no puedo por ménos que considerar los hechos de la naturaleza del que acaban de referirme, sino como síntomas de sedición, de hostilidad á mi persona y al ejército de mi mando. Seria preciso estar absolutamente ciego, para desconocer lo que pasa, y aun yo mismo soy á veces objeto de alardes y demostraciones, que si he tenido la prudencia de despreciar hasta ahora, no consentiré de ningun modo que se repitan. Así, pues, señor Ofarril, ya que las autoridades españolas no son bastante fuertes para mandar al pueblo, para contenerle, para obligarle á la sumision, me veo en la necesidad de iniciar, ó más bien, de hacerme justicia á mí mismo cuando llegue el caso.

Bien penetrado estaba el *ex-criallo de Condé*, entonces *gran duque*, de que los ministros españoles no eran fuertes que digamos, y que su autoridad vagaba á merced de ridículos vaivenes, como á la sazón vagaba la corona que ciñó las testas poderosas de Isabel I y del emperador Carlos, el vencedor de Pavia, el que tuvo aprisionado á Francisco en la célebre torre de los Lujanes, que aun hoy nos recuerda, entre tantas, aquella inolvidable página de nuestro infinito poderío, de nuestra grandeza.

Mas por lo mismo que estaba penetrado de la bastardía de aquellos débiles, por eso no se limitaba para nada en materia de exigencias, haciendo ley su voluntad.

Cualquier otro, el último y más humilde habitante de Madrid, hubiera perdido su serenidad al oír las palabras de aquel presuntuoso, de aquel general abortado de la abyecta plebe de una revolucion desenfrenada, de aquel diplomático pretencioso, de aquel político de docena, de aquel cobarde ametrallador de un pueblo indefenso, que

le habia recibido noble y confiadamente como á un amigo, y que ahora le rechazaba desde lo más íntimo de su dignidad, como el león que no resiste ligaduras ni cadenas que le esclavicen, que profanen su indomable majestad.

—Sí, el último hombre del pueblo, en su clase más inferior,—y hartas pruebas hemos tenido de ello,—hubiera hecho tragar con el puño á Murat sus insolentes palabras, prefiriendo antes morir mil veces que sufrir su afrentosa altanería. Pero sin duda Ofarril no tenia sangre en sus venas.

Tan solo con esta condicion se comprende, en un hombre que aun podia concertar y disponer de medios que le hicieran fuerte contra el audáz caudillo, y devolver al pueblo sus fueros menoscabados por el usurpador... tan solo así se comprende que hubiera tenido la calma de contestar en el lenguaje que una mujer, la más débil, no hubiera empleado:

—Monseñor: se hará lo que V. A. ordene.

—Murat repuso entonces:

—Desde hoy quiero que todo paisano que maltrate de palabra ó de hecho á los soldados de mi ejército, sea juzgado y condenado militarmente, aplicándosele el castigo á que se hiciere acreedor.

—Yo creo, gran duque, y esto seria ménos sensible, que deberia aplicárseles el condigno castigo por la via ordinaria, sin despojarlos así del fuero civil, que solo en casos especiales puede alterarse por una ley especial.

—Ya veis, señor Ofarril, que nada se consigue por ese medio, y por tanto estoy dispuesto á adoptar tal medida, con vuestra aprobacion ó sin ella. Con que así resolved: ¿puedo contar con vos?

—Estoy dispuesto á secundar los propósitos de V. A.

—Yo os lo agradezco en nombre del emperador y en el mio. Así, pues, el paisano que insulte ó trabe pendencias con cualquiera de mis soldados, será arrestado inmediatamente y castigado con arreglo á las leyes militares. Para esto deseo que las órdenes que se expidan con este objeto vayan firmadas por vos, y que los presos aparezcan de este modo detenidos por vuestra autoridad. Ya veis que deseo proceder en la más conveniente forma, toda vez que únicamente queda á mi arbitrio el hacer uso de mi derecho y de la fuerza para prender á los culpables. Por lo demás, creo inútil repetir que se les juzgará militarmente, como á reos de sedicion y atentadores al orden que quiero conservar á todo trance.

—Monseñor, sereis complacido,—respondió el buen Ofarril, con una serenidad más digna de la muerte que del asunto.

—Ahora vamos á otra cosa,—continuó Murat.

—Escucho á V. A.

—El capitan Daoiz, continúa encargado del detall del Parque...

—Respecto á ese militar, tengo de él la mayor confianza.

—Yo no pienso de igual modo, señor Ofarril.

—Pues yo puedo asegurar á V. A. que es más fácil contener al capitan Daoiz que á cualquier otro, por peligroso que él aparezca á los ojos de V. A.: le conozco muy bien, monseñor.

—¿Y puedo saber en qué fundais vuestra confianza?

—En que la ordenanza es para Daoiz una valla de hierro.

—¿Pero olvidais sin duda que él era uno de los más comprometidos y que más debian cooperar al plan de Velarde?

—No importa: entonces nada sabia yo de eso; más he hecho ya lo que debia para encadenarle al deber de la ordenanza.

—¿Creeis que no prescindirá de ella?

—Morirá primero, monseñor.

—Sin embargo, no es bastante: creo que debiera separársele de su cargo y aun alejarle de Madrid con cualquier pretexto.

—Entonces sí que no respondería de él.

—¿Cómo!... no os entiendo.

—Es muy sencillo. Daoiz está encargado del Parque...

—¿Pero no veis que eso es precisamente lo que conviene evitar?

—Es un error, gran duque, y pido á V. A. me perdone el modo de expresarme.

—¿Cómo... pues?

—En primer lugar, para no inspirar desconfianza, conviene mantenerle en su puesto: en segundo, que además de ser de todo inútil aquel punto en cualquier caso grave, que no espero, V. A. es ya dueño de él, desde que lo vigila una guardia francesa... Por último, vuelvo á asegurar á V. A., bajo mi responsabilidad, que Daoiz no se moverá para nada ni se apartará de las órdenes que se le impongan.

Joaquin Murat reflexionó un momento, y dijo:

—Bien, toda vez abrigais tanta confianza, no hablemos de ello... Pero Velarde no se halla en el mismo caso.

—¿Por qué, monseñor?

—Tiene un carácter indomable, con nada transige.

—¿Y V. A. teme?...

—Yo nada temo;—interrumpió Murat con arrogancia, —pero sí quiero prevenir cualquier desastre, que más caro

saldria al pueblo de Madrid que al numeroso ejército de que dispongo, y tengo tan convenientemente situado para un evento. Mas Velarde es uno de los más íntimos de ese revoltoso conde de M..., adolece de un génio fogoso, arrebataado, y es capaz de lanzarse á un motin...

—Si contára con recursos, tal vez...

—Escuchad, Ofarril: hubo un tiempo en que aprecié muy particularmente á Velarde, y él, por su parte, mostraba, ó fingia hácia mí cierta adhesion que me cautivó...

—Es que él participa de los temores del vulgo, en cuanto á la ocupacion del ejército francés...

—Lo sé, mi amigo; y si yo no lo adivinára, lo he oido de su propia boca, declarándome su ódio con una franqueza que me admiró.

—¿Es posible!

—Sí, y tal vez por eso siento más aun el haber perdido su adhesion: le hubiera apreciado y distinguido...

—Y yo estoy seguro de que no hubiera sido inútil al servicio de S. M. I.

—Tal creo yo, y por eso le habia propuesto que entrara al servicio del emperador, á cuyo efecto le hacia comandante de un batallon del arma, donde hubiera prosperado hasta llegar á una posicion brillante, para lo cual le bastarian tal vez un par de años.

—Pero él ha rehusado, monseñor.

—Sí, bien lo sabeis: su contestacion fué una evasiva muy bien pensada y que revela el talento de ese jóven militar... *dijo que no podia separarse del servicio de España sin una voluntad expresa del rey, de su cuerpo y de sus padres...* (1)

(1) Esta contestacion dada á Murat por el artillero es completamente histórica.

Pero volviendo á lo demás, preciso les tambien guardarse de ese jóven: segun Belliard me ha asegurado hace algunos momentos, no anhela otra cosa que una ocasion que le proporcione el medio de medirse conmigo... (1) Insensata idea que yo deploro, y que si por desgracia suya y de su país llevára á cabo, bien debeis comprenderlo, Ofarril, se la haria sentir amargamente.

El ministro español repuso:

—Repito á V. A. que si Velarde hubiera contado con recursos para organizar su plan, deberia mirársele con alguna consideracion, casi me atreveria á decir, monseñor, que seria temible.

Murat volvió á sonreirse con su familiar desden de hombre que se creia muy superior, y preguntó á Ofarril:

—¿No podria, por lo ménos á ese que parece más dispuesto á lanzarse á todo, alejársele de Madrid á cualquier departamento?

(1) Nada exasperó más á Velarde ni puso más á prueba su patriotismo que la ridícula exigencia del emperador de los franceses cuando pidió al rey de España la espada que Francisco I, rey de Francia, midió en la batalla de Pavía, hecho prisionero por el marqués de Pescara, general de las tropas españolas; y que conducido á España de orden de Carlos I, llegó á Madrid y estuvo prisionero en la torre de los Lujanes, sita en la plazuela de San Salvador.

La espada del vencido monarca se conservaba en la Armería Real desde el año 1525, como la mejor de las prendas conquistadas al francés; pero fué muy torpe y débilmente entregada á Murat, duque de Berg y de Cleves, con gran pompa el dia 21 de marzo de 1808; para que á su vez lo hiciera á Napoleon. Velarde proyectó evitar esta vergonzosa entrega y aun se dice si llegó á reunir alguna gente con intencion de avalanzarse en la carrera sobre la comitiva que la conducia, y apoderarse de ella para conservarla.

*Memoria Histórica de los acontecimientos del «Dos de Mayo»*, por D. E. Tamarit, oficial del cuerpo de Cuenta y razon de Artillería.

—Allí,—respondió el ministro, le temeria más mil veces que á Daoiz: es ingenioso, como V. A. mismo dice, tiene talento. Pues bien, tardaria muy poco en arrastrar á la insubordinacion y al tumulto el pueblo á donde se le destinase. Puede creerme V. A., gran duque.

Murat se quedó pensativo: las razones de Ofarril, tan á propósito para iluminar el ánimo de Joaquin Murat, muy predispuesto á llenar de angustiosa inquietud al pueblo de Madrid, parecieron convencerle.

Renunciamos, con permiso del lector, á proseguir este diálogo, doblemente repugnante por la perversidad del extranjero, que tan miserables maquinaciones tramaba en el seno de una poblacion vendida por sus propias autoridades, y por la inaudita bajeza de un español, desnaturalizado, que tan decidido empeño mostró en aquellos aciagos dias por cooperar y auxiliar eficazmente las intenciones ambiciosas de Napoleon I.

De sobra figurará el nombre de Ofarril en la sangrienta historia que trazamos, sin que necesitemos estendernos en precedentes.

## CAPITULO XXII.

En que se ve cómo María, tan medrosa para la que la negaba el nombre de madre, se alegró de encontrar un buen abuelo.

La situación de varios personajes había sufrido un cambio radical, inesperado, en el trascurso de ménos de veinticuatro horas.

Para unos, semejante revolucion, era motivo de contento y tristeza á la vez, porque nada afecta más á las almas buenas y sencillas que el ver alterada una de esas costumbres que parecen constituir su felicidad.

Para otra persona, este cambio fué un acontecimiento que la llenó de indecible júbilo, de una alegría comparable tan solo al sentimiento que de un modo íntimo la dictaba.

Y por último, un venerable anciano que indudablemente habrá simpatizado con nuestros lectores, tenia la satisfaccion de haber cumplido con un deber, mientras que por otra parte sentia reemplazarse en su alma un afecto